

EL DÍA DE CUENCA

PERIÓDICO INDEPENDIENTE, REGIONAL Y DE INFORMACIÓN

Año I. Viernes 4 Diciembre 1914. Núm. 4
SE PUBLICA LOS VIERNES
PAGOS ADELANTADOS

Director: Hldefonso Velasco.
Oficinas: Quince de Julio, núm. 25

SUSCRIPCIÓN: En la Capital, 0,90 trimestre.—Provincia, 1 pta. id.
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
Número suelto, 10 céntimos.

Madrid, 29—1914

Aprobado definitivamente Cuenca-Utiel.
Entusiasta enhorabuena.

Cobo, Correcher, Montejo, Tejada, Ba-
llesteros.

Madrid, 29—2015.

Presidente Consejo Ministros.

Muy reconocido á su amable telegrama.
Dato.

Cuenca, Madrid, 29—24.

Ministro Gobernación. Veo y agradezco su telegrama. Celebraré que los hechos acreditando como suelen mis palabras hayan convencido á todos del acierto con que procedieron accediendo al ruego que en mi despacho formulé y dando por buenas las ofertas que á nombre del Gobierno hice. Saludo á todos muy cariñosamente y estaré siempre dispuesto á laborar en defensa de los intereses legítimos de Cuenca.

Madrid, 2-16.

Presidente del Consejo de Ministros á Gobernador.

Recibido telegrama haga presente vuecencia mis reconocimientos á Junta gestora F.-C. y al Excmo. Sr. Obispo por sus amables manifestaciones.

YA PASÓ...

Habla el último mono.

En el momento que tomo la pluma para malhilvanar estos renglones, se desliza de todos los labios la anhelada nueva. Hoy ha sido votado definitivamente el nuestro. Este nuestro, es el ferrocarril de Cuenca-Utiel, y refulge en el mirar de todos los conquenses una emoción de bienestar, un destello de alegría, un algo de sosiego. Yo, también, aunque no soy conquense de derecho, estoy henchido de satisfacción y de júbilo; pero este estado jovial que cristaliza el entusiasmo de la inesperada grata, no ha conseguido borrar las huellas, que siniestros zarpazos sangraron el recio tabernáculo, donde los hombres de recto pensar, los hombres sinceros, los hombres sin aparente fingimiento, encierran el más preciado tesoro moral; la razón.

¡Cuántas cosas ignora uno! Entendiéndose por ese uno, el que esto escribe.

Yo esperaba que ese noble entusiasmo se cristalizase en una idea hermosa, grande, histórica, que perpetuase el agradecimiento al Gobierno, fiel cumplidor de su palabra; á los representantes, por sus múltiples sacrificios para realizar el logro de las aspiraciones de la provincia, en un asunto de tan vital interés, y á la Junta Gestora, por su movimiento continuo, hasta ver realizado, con éxito, el fin para que fué creada.

Aparte de los rituales telegramas de felicitación, más ó menos encomiásticos á las diferentes personalidades, acordados en la sesión magna, celebrada el día 2, debieron concurrir á dicha sesión todos los miembros, sin excepción ninguna, y haber acordado la redacción de una proclama al sufrido pueblo conquense; haber señalado día y hora, en fecha no laborable, para una grandiosa manifestación, invitando á las Corporaciones, Entidades, Centros, Dependencias, Comercio, Representaciones de los pueblos (ya que por nimios motivos van y vienen) á los vecinos para que engalanasen los balcones, repartir bonos á los pobres y terminar tan solemne fecha con un banquete, haciendo venir ad rem á los representantes en Cortes á ocupar el puesto de honor.

Como los hay muy suspicaces, en esta última parte de mi utópico programa, habrán creído ver algunos, el justo acomodo de los fondos sobrantes que, según el celoso tesorero, Sr. Arquer, merecedor de toda clase de plácemes por su laudable labor, son 1.800 pesetas, que casi toqué y casi vi, y que deben ser donadas á la sociedad «La Fraternal», para aminorar la epidémica crisis obrera.

Esto es, sucintamente, lo que á mis cortas luces ha debido de hacerse, ya que después de tan penoso calvario hemos llegado á la cima y el éxito ha coronado nuestros esfuerzos.

¿Que por qué no se ha hecho? No es tan difícil contestar á esa pregunta.

Más ó menos alegres, ó más ó menos cariacontecidos, digamos lo de nuestros antepasados, al abandonar el retablo de maese Pedro:

Acta es fábula.

De la Ventilla á Mangana

Sección Comca.

La otra noche siguiendo mi costumbre cenado ya, abandoné mi casa, y me marché derecho hacia el casino, ¡Jesús y que algarazal!
¡Hasta don Juan, orador filosófico arengando á las masas!
¡Viva el Ferrocarril! ¡Que viva Cuenca!
¡Que nos toque el maestro, La Tarara. Era un torrente de entusiasmo sano.
En todas las miradas, mil destellos lucían de alegría, y como el buen humor pronto cortagia, todos los concurrentes nocturnales nos echamos las penas á la espalda.
Buscose un organillo á fin de organizar la serenata, oficiando de heraldos, por calles y por plazas, pero no se encontró. Pronto se dijo que á buscar dos guitarras, y yo, que soy más músico que Weber con un hermano que no va á la zaga y otros amigos se ensayó la murga y para ir afinando las gargantas tomamos unas copas de lo bueno, y cuatro ó cinco cañas pues nuestro itinerario era mayor, que el de Semana Santa.
Venían en el quorum personas elevadas que ostentan altos cargos y de una probidad desmesurada, cuyos nombres me dicen que los calle; pues callados están. Rota la marcha por el Quince de Julio, los cohetes, en la quietud callada de la noche, rasgaban el silencio, y el fragor del estruendo despertaba al quieto vecindario.
Y así por el mercado y por la plaza, cambiando de cilindro, tocando la Matea y el Sarasa, el Ladrón, Serafina y otras piezas que cantan las criadas en las casas.
Llegamos al palacio del Obispo, cantamos cuatro coplas muy serranas y por la calle Estrecha dando vivas, chispazos y metralla, á la Carretería, y enfrente del café de La Constancia rompimos filas.
Como á mí no me gusta la falacia (y no crean algunos avispadros, que me refiero á faldas) hago constar, que en todo el recorrido reinó moralidad, orden y gracia.
Sacaron nuevamente otras botellas de Sidra achampagnada, se chocaron los vidrios, brilló la alegre charla, y cada cual, cuando mejor le plugo, tomó la veredita de su casa.

El tío Corujo.

NUESTROS POLÍTICOS

En el Ayuntamiento.—El señor Moreno no quiere logonazo.—La crisis agraria.—Las subsistencias.—Sus propósitos.

Hemos estado en Cuenca muchas veces, pero nunca con el tiempo necesario para poder admirarla por entero. Ahora sí, fases de la vida, de esta vida que arrastramos, voluble como una veleta y que alguien ha llamado inhumana, nos ha arrastrado á Cuenca, quizás á vivir hasta nuestro último momento, quizás para llevarnos á un extremo del mundo dentro de días. ¡Quién sabe!

Hemos recorrido muchas veces la parte venerable de la Ciudad legendaria, y cuando después de soñar con la vida de otros siglos, hemos descendido del barrio del Castillo á la Ciudad nueva, hemos experimentado la dulce sensación de contemplar la cara tersa, rosada, nacarina de una joven de 15 años, después de haber visto como una pesadilla, la cara rugosa y verde de una bruja de aquelarre, de una echadora de cartas, de una adivinadora misteriosa.

Al contemplar la parte limpia, riente de la moderna Cuenca, hemos sentido vivos deseos de conocer á sus autoridades, á sus arquitectos idealistas, y sin más pensarlo, hemos solicitado una entrevista con su primer administrador, con el Alcalde D. Eduardo Moreno, para continuar la serie de entrevistas que venimos efectuando.

—Pasen ustedes y tengan la bondad de esperar un momento,—nos ha dicho un alguacil, un ujter.

Hemos entrado en el despacho presidencial, amueblado con delicadeza, alegría y comodidad de oficina inglesa. Todo está en orden, todos los trastos son de color suave, amable al par que severo á la vista. Enfrente nos encontramos á D. Eduardo Moreno.

Ya le conocéis vosotros. Su cara está dividida por una vena negra que asemeja un paréntesis, una frontera entre su boca de risas, risueño y sus ojos seguros, pensativos y tristes. Nos hemos saludado, y luego, con la impaciencia de conocer su vida, su carácter, sus ideas, sus iniciativas, hemos comenzado á preguntar agobiantes, molestos como moscardones.

—¿...?

—¡Oh, no! yo no soy político. Soy uno de los muchos brazos que mueven aquí los jefes del pensamiento, las cabezas; soy un soldado raso, estoy bajo las órdenes de mis superiores, de mis generales, el jefe provincial conservador, Sr. Conde de San Luis y el local D. José Cobo... No, no es modestia.

—¿...?

—No, no; afortunadamente aquí la crisis agraria que sufren otras provincias, puede considerarse nula. El Ayuntamiento está en muy buenas condiciones, cuenta con suficientes fondos y tiene varios proyectos de urbanización. Podemos contrarrestar sin esfuerzos, las salpicaduras que nos ha llegado á consecuencia del conflicto Europeo y que no son pocas.

—¿...?

—¡Quíá, es decir, un poco, muy poco, sí; se han perdido muchas cosechas y eso, naturalmente, hace ascender el precio de las subsistencias. Pero el aumento es insignificante y los vecinos, conocen sus causas, que es lo principal para contar con su aprobación y su ayuda.

—¿...?

—Si muchas. Son muy buenos los deseos, y mejores aún, si cabe, los proyectos. En poco tiempo, Cuenca podría ser una provincia de primera clase.

—¿...?

—Por lo pronto, una Escuela para seis secciones, con arreglo á los últimos adelantos higiénicos; un mercado, para ponernos á tono con las exigencias de la época actual, y luego... me permitirán ustedes que me reserve otras iniciativas, que serán otras tantas sorpresas para nuestros convecinos.

Callamos y asentimos.

No queremos molestar ni robar algún tiempo más á este hombre idealista; regenerador de la población, en el que todos vosotros, conquenses, debéis adorar, por que es como el clarín de vuestra futura prosperidad, de los venideros industriales y riqueza de vuestro terruño.

Juan Miseria.

La Correduría

(Anales de un barrio que desaparece) (I)

(Continuación)

Tañía el tambor, arrebatado á coces y mamporros alregonero público,—y no perteneciente á las cofradías de Semana Santa, como dice Muñoz y Soliva,—Antonio Muñoz, más conocido por el alias de San Roque. Paso por alto,—pues no está muy clara,—la intervención del canónigo Leoz en estas andanzas y reservo para otro momento hablar de algún regidor que contemporizaba con los amotinados; sí diré cómo los grupos, que acrecían á medida que avanzaba la tarde, se estacionaron frente á San Felipe Neri, donde vivía D. Pedro de la Iruela, ganadero y Depositario del Pósito Real, y entre vayas y mueras asaltaron la casa, la registraron minuciosamente y arrojaron por los balcones ropas y muebles, con los cuales hicieron una hoguera, la cual por último envolvió la habitación allanada y alguna de las contiguas.

Ha pocos años, que un mal aconsejado Alcalde, hizo derribar aquellas pintorescas viviendas, cuyos portales, graderías y me-

dianiles estaban escavados en la roca; y entonces aparecieron maderas carbonizadas y una puerta rota, de recios herrajes, que me regaló el contratista D. Hipólito Ruiz, mi estimadísimo vecino. También poseo trozos de yeserías renacientes—adorno de las estancias de la casa de Iruela,—de bellos y estilizados follajes, combinados con animales fabulosos y orlas geométricas,—que destino al Museo Provincial,—si el tejer y destejer acuerdos del Concejo no me impide instalarlo en La Merced,—juntamente con otros curiosos restos del Cuenca antiguo.

Don Pedro de la Iruela, advertido por la gritería, huyó por los tejados, hasta dar en el Convento del Carmen, y más afortunado que su colega de Zaragoza, libró la vida y escapó de la ciudad.

Las llamas que chamuscaron el ajuar del mísero administrador del Pósito Real; llegaban hasta el tejado de San Felipe,—cuya fachada ennegrecieron,—y en sus inmediaciones permanecieron los amotinados hasta las diez de la noche, poco más ó menos. A esa hora, ante las entreabiertas ventanas de las casas de Antonio Ximénez de A. y Camacho, de Pedro López de Llerena,—amanuense del